

CAPÍTULO VIII

JULIANO Y JOVIANO.

Si esta persecucion docta atrajo á Juliano el odio de los cristianos, fuerza es reconocer no obstante que poseia muchas de las cualidades que son de desear en un príncipe. No cambió el trono sus costumbres: sencillo en sus vestidos y en sus placeres, asiduo en el desempeño de las graves ocupaciones de un rey, daba cotidianamente audiencia á los embajadores y á los particulares, decidiendo inmediatamente sobre las solicitudes que le eran presentadas; escribía cartas públicas y tratados filosóficos; interrumpía el reposo de sus castas noches para consagrar más tiempo á los negocios, y no llevaba su hastio á los juegos del circo, á que sus antecesores eran tan aficionados, sino cuando le obligaba á ello la costumbre.

¡Cuán extraño debió parecerle con semejantes gustos el lujo de la corte de Bizancio! Queriendo afeitarse, se presenta un dependiente con magnífico traje. *He pedido un barbero*, dice, *no un arrendador de contribuciones (rationalem)*: y supo que este funcionario recibía, además de una asignacion crecida y de considerables honorarios, la racion necesaria para la subsistencia de veinte esclavos y de otros tantos caballos; que «mil cocheros, casi otros tantos peluqueros, mayor número de coperos, enjambres de criados para la mesa, y eunucos tan multiplicados como las moscas en estio dentro de un establo» (1) llenaban sus palacios enriquecidos con mármoles raros y oro macizo, y que recreaban su apetito voluptuoso los peces y las aves de los más apartados confines.

Al mismo tiempo que se gastaba en estas prodigalidades más que en el sostenimiento de las legio-

(1) Μαγείρους χιλίους, κουρεῖας δὲ οὐκ ἔλαττον, οἰνόχους δὲ πλείους, ἤνῃ τραπεζοποιῶν, εὐνούχους ὑπὲρ τὰς μύrias παρὰ τοῖς ποιμέσιν ἐν ἔρι. LIBANIO.

nes, la turba de favoritos, queriendo rivalizar con el fausto régio, vendía los empleos é inventaba otros nuevos para convertir en brazos ociosos los que arrancaba á la actividad de las artes.

Habituado el príncipe filósofo á contentarse con un manto usado, á dormir en tierra y á vivir enmedio de la sencillez grosera de los parisios, tomó hastio á todo aquel lujo; pero precipitando las innovaciones, abolió los empleos de corte y los de los curiosos que andaban explorando todo el imperio, lo cual entregó á la ociosidad á los ricos, y redujo á la mendicidad á gran número de criados.

Estableció en Calcedonia un tribunal especial para juzgar á los que habian abusado de la autoridad bajo Constancio, con poderes para hacer ejecutar sus sentencias sin apelacion ni dilaciones. Compúsose, sin contar á Salustio, prefecto del Oriente, del elocuente Mamertino, de los cuatro generales Nevita, Agilon, Jovino, Arbecion: este último, mejor informado quizá de las intenciones de su soberano, rodeaba el tribunal de hombres armados, y cuando los cargos no bastaban para la condena hacia que la pidieran las legiones en tumulto. Parecieron dignos del fuego, á que se les condenara, el eunuco Eusebio, Paulo y Apodemio; pero Ursulo, tesorero del imperio, no era delincuente más que de haber hecho bien á Juliano, socorriéndole por su cuenta y riesgo. Muchos castigados con la muerte, con la confiscacion y el destierro, fueron compadecidos por aquellos mismos á quienes habian tiranizado. Otros eran blanco de las recriminaciones sin cuento de los egipcios, que reclamaban la restitution de los presentes exigidos de ellos. A fin de aplacarlos Juliano les manda comparecer á su presencia en Calcedonia, donde hará justicia personalmente. De consiguiente se embarcan en tropel para dirigirse á aquel punto; pero una vez llegados á la ribera de

Asia se vieron obligados á no seguir adelante, teniendo orden los marinos de no pasar á ningún egipcio. Después de haber perdido su dinero, el tiempo y la paciencia, se apercibieron al fin de la burla de que eran juguete.

Juliano acreditó blandura respecto de aquellos que conspiraron en contra de su persona; y sin embargo quiso que padeciera muerte un mancebo que, con otros aturdidos de pocos años, había creído trastornar el imperio. Declarándose enemigo del despotismo oriental rehusó el título de señor y manifestó á los cónsules grandes miramientos; hasta pensaba en abdicar la corona; pero fue apartado de este designio por una revelación de los dioses.

Hizo participar al Senado de Constantinopla de los privilegios del de Roma, que se fingió que había pasado por mitad á Oriente. Obligó al clero á desempeñar las funciones municipales, de que les habian eximido sus predecesores: repartió con más igualdad los impuestos, y mejoró la condicion de las ciudades, reanimando las curias, que eran el alma de ellas (2). Derraméronse sus beneficios sobre Atenas, sobre las ciudades del Epiro y del Peloponeso, en memoria de sus grandes ciudadanos (3). Cumpliendo los deberes olvidados por muchos emperadores, hablaba amenudo, especialmente en el Senado, para desplegar allí la elocuencia que había adquirido con un asiduo estudio. Con más frecuencia subía al tribunal para administrar justicia, ora por obligacion, ora por recreo, teniendo particular gusto en deshacer los enredos de los abogados. También demostraba á veces un calor y una pasión que sientan mal á un juez, metiendo amenudo gran ruido en el pretorio; y exasperado una vez por la necedad de ciertos aldeanos que habian ido á suplicarle, precipitose sobre ellos echándoles á puntapiés y á puñadas.

No contento con adquirir la gloria de Antonino, aspiraba á la de Alejandro. Parecíale que después de sus triunfos contra los francos, los alemanes y los godos, no había nada más que temer en Occidente; pero el imperio de los persas era siempre amenazante, y en trescientos años de guerra, no habian podido adquirir allí de una manera estable una provincia de la Mesopotamia ó de la Asiria.

Persia. Hormisdas I.—Sapor I, que había hecho prisionero á Valeriano, tuvo por sucesor á Ormuz I (*Hormisdas*) su hijo (271) y sobrenombrado por los orientales el Liberal (*al-Horri*), amigo del sa-

(2) Ἡ τῆς βουλῆς ἰσχύς φυγὴ πόλειός ἐστιν. LIBANIO, *Or. parent.* cap. 71.

(3) Prudencio, cristiano, hace justicia á sus méritos. *Apoth.* 450.

*Ductor fortissimus armis,
Conditor et legum celeberrimus, ore manaque
Consultor patria; sed non consultor habenda
Religionis, amans tercentum millia divum,
Perfidus ille Deo, sed non et perfidus orbi.*

ber, y de cuyo sano juicio da testimonio la siguiente frase que es suya: *Los reyes son como el fuego, que calienta á cierta distancia y de cerca quema.* Habiéndole ofrecido el gobernador de una provincia situada en la frontera de la India comprar diamantes por valor de 100,000 monedas de oro, se negó á ello; y como el gobernador añadiera que se ganaría el ciento por ciento en esta compra, repuso: «Sean ciento ó mil, no trates de tentarme. Si me convierto en mercader ¿qué hará el rey? ¿Y qué será de los negociantes persas, si empleo mis tesoros en quitarles los beneficios á que puedan aspirar ellos?»

Habiéndole sucedido Varanas I (Bahram) condenó á muerte á Manés (273), favorito de su padre, quien excitaba disturbios en el país con su herejía y decía: *La humanidad no puede definirse, porque comprende todas las demás virtudes.*

Este príncipe fué asesinado en una rebelion (276) y reemplazado por otro Varanes, sobrenombrado el *Injusto (Baharm-al-Kaleff)*, á quien las insinuaciones de los magnos convirtieron en excelente monarca. Hizo la guerra contra el emperador Caros después de diecisiete años de reinado dejó el trono á su hijo Narse (294). Tan ambicioso el nuevo soberano como el fundador de la monarquía, esperó dilatar sus conquistas, merced á las divisiones de los romanos. Pero Galerio, á quien había vencido primeramente, volvió á adquirir la ventaja y le obligó á ceder cinco provincias (303). Ormuz II favoreció la justicia y el comercio: hasta construyó para éste una ciudad en la Caramania, á que dió su nombre. Pero las riquezas que allí se acumularon sirvieron de cebo á los bárbaros del contorno, lo cual obligó á sus moradores á trasladarse á una isla vecina, que es la de Ormuz, establecimiento importante de los portugueses.

Ormuz tuvo por sucesor á Sapor II (310) á quien hemos visto (pág. 393) llevar tan denodadamente la guerra al territorio de los romanos; pero cuando fiado en el carácter dulce de Juliano le envió delegados para tratar del ajuste de la paz, respondió el emperador que no podía otorgarla en medio de las ruinas y del humo de las ciudades destruidas, y que muy en breve iría en persona á la corte de los Sasánidas.

Después de haber hecho los preparativos necesarios para la ejecucion de su amenaza, á los ocho meses de la muerte de Constancio se halló en Antioquia al frente de un ejército formidable, y pasó allí el invierno en restablecer la idolatría y en robustecer la disciplina. Pero Antioquia, ciudad amiga de los placeres, y adicta no obstante á la religion cuyo nombre había resonado desde muy luego en su recinto, despreciaba á Juliano como á un hombre grosero, y le aborrecía como á un apóstata. Habiendo producido una carestía las malas cosechas y aumentándola todavía más el monopolio, recurrió Juliano al expediente torpe y peligroso de tasar los granos á un precio á que apenas bajaban en tiempos de abundancia; y para

alentar con el ejemplo hizo venir al mercado veintidos mil modios que sacó de Hierápolis, de la Calcide y de Egipto. Todo fué acaparado en el instante por ricos especuladores. Pero Juliano, orgulloso de haber encontrado al mal tan excelente remedio, no prestó oídos á las quejas del pueblo que padecía más que nunca; muy lejos de eso mandó encarcelar á los doscientos senadores de Antioquia, que habían llegado á exponerle con calor la necesidad general. Es verdad que les restituyó la libertad antes de que llegara la noche; pero el ultraje se había cometido, y se manifestaba la oposición en las reuniones y en las canciones populares, comentándose ridículamente cuanto el emperador hacía y decía. Se hacía burla de sus creencias y hasta de su barba: se decía que era un victimario, un carnicero más bien que un príncipe, que su apostura era afectada; que siendo pequeño de estatura, se esforzaba por ensanchar sus hombros y andar con majestad, remedando á los héroes de Homero. No sabiendo Juliano llevar en paciencia aquellos insultos, ni castigarlos después de haberlos provocado, descendió á combatir á los burlones con sus propias armas, y en el *Misopogón*, es decir, *el Enemigo de la barba*, se burló de sus propios defectos, é hizo al propio tiempo la sátira de las costumbres afeminadas de los habitantes de Antioquia. Posteriormente abandonó la ciudad burlona, dejándole por gobernador un hombre perverso y turbulento.

Púsose en marcha al principio de la primavera (363), y satisfecho ó afligido alternativamente a medida que hallaba el culto de los dioses en estado próspero ó decadente, y según eran las respuestas de los oráculos adversas ó propicias, llegó á Hierápolis, punto de reunión general de las tropas. Había juntado las tropas más excelentes que jamás se habían dirigido contra los persas; veíanse allí sesentecientos mil soldados reclutados entre los veteranos de las diferentes provincias romanas ó bárbaras, un cuerpo de escitas auxiliares, y muchas tribus árabes atraídas por el doble estímulo del botín y del sueldo. Mil y cien buques aseguraban por el Eufrates las provisiones de las tropas, flanqueadas por cincuenta galeras, y en el caso de necesidad un gran número de barcas chatas podían juntarse con suma facilidad para servir de puente. Tenía el ejército en sus filas oficiales persas, conocedores del país y de la táctica militar del enemigo: entre ellos se contaba Hormisdas, de la raza de los Sasánidas, que obligado á refugiarse en la corte de Constantino excitó allí compasión en un principio, estimación luego, y que hecho cristiano iba á demostrar á su patria cuan temible es la enemistad de un hijo.

Juliano respondió orgullosamente á los pueblos que le ofrecían sus servicios, que Roma socorría á sus aliados y no tenía necesidad de socorros. Dijo á los sarracenos, que se quejaban, como de una falta á la fe prometida, de haber sido privados de la pensión pagada por los emperadores preceden-

tes, que un príncipe guerrero tiene hierro y no oro orgullo intempestivo que la enagenó la voluntad de muchas personas.

Armenia.—Debía proporcionar la Armenia una sólida base á sus bien concertadas operaciones; convertida al cristianismo durante el largo reinado de Tirídates II (259-314), se había hecho aliada del imperio, no solo por política, sino por religión. Habiendo muerto este príncipe después de cincuenta y seis años de reinado, Cosroes, su heredero, fué destronado; se expulsó á los cristianos, y dos gobernadores, ayudados por Sapor y por las feroces tribus de los albaneses, usurparon la autoridad suprema. Finalmente, al cabo de tres años, Antioco, oficial del palacio imperial, restableció á Cosroes en el trono de sus padres, donde le consolidaron el perdón y el olvido. Sin embargo, este príncipe, débil de cuerpo y de espíritu, había comprado á Sapor una paz vergonzosa, cediéndole la fértil Atropatene, y sometiéndose además á un tributo anual. Arsaces el Tirano, que reinaba en la época de que hablamos, se mostraba todavía más débil: habiendo recibido muchos favores de Constancio, profesaba gran celo por la religión cristiana, y de consiguiente era hostil á Juliano. Su irritación subió de punto cuando se vió tratado por él como un esclavo, como un enemigo de los dioses, y se consagró á preparar su pérdida en secreto.

Habiéndose adelantado Juliano por medio de una hábil marcha (4), pasó el río Cabora, que desemboca en el Eufrates cerca de Circesio, donde divide los dos imperios. Haciendo entonces cortar el puente para poner á los soldados en la necesidad de vencer, y habiendo alentado su valor con una arenga, seguida de una distribución de ciento treinta monedas de plata por cabeza, se dirigió por el camino que había llevado el joven Ciro en su expedición, que nos ha descrito Jenofonte, hacia la frontera del desierto y luego arrojó sus peligros. Su marcha fué continuamente inquietada por el surena persa y por Maleck Rodosaces, emir de la tribu de Gassan, famoso ladrón, los cuales interceptaban los convoyes, copaban los destacamentos y la retaguardia. Llegado á Asiria, la entregó á los

(4) Descríbela él mismo en una carta al sofista Libanio en que se lee también lo que sigue: «He pronunciado en el Senado de Berea una corta arenga sobre la religión, que me ha valido las alabanzas de todos, y casi no he convertido á nadie, no produciendo efecto sino sobre aquellos que ya gozaban reputación de pensar rectamente... Batne, pequeña ciudad, griega en un todo menos en el nombre, venera á Júpiter y á Apolo como divinidades tutelares; hemos respirado en sus alrededores el olor del incienso humeante por todas partes. Yo estaba eucantado de aquel celo, si bien me pareció demasiado excesivo, harto ruidoso y poco adecuado á la piedad. Requieren los actos religiosos más recogimiento. Aquellos que conducen las víctimas y llevan las cosas necesarias para el sacrificio, deben andar pausadamente y no ocuparse más que en lo que hacen. Así en breve se remediará este abuso.»

horrores de la guerra; y los naturales se vengaron rompiendo los mil canales que surcan su territorio y convirtiéndolo en un inmenso pantano. A costa de infinitos afanes salieron de aquel fango las legiones; á pesar de todo siguieron adelante, y vencieron la resistencia de Perisabor ó Anbar, ciudad fortísima que fue reducida á cenizas, y de la cual no se escaparon más que dos mil quinientas personas de toda su población numerosa. Renovóse igual matanza en Magoamalca, ciudad inexpugnable, en que habiéndose rendido el gobernador bajo la condición de salvar la vida, fué muerto á pretexto de injurias dirigidas al príncipe Hormisdas, que era para él objeto de odio, como traidor á su patria.

Devoró el fuego tres palacios reales en las inmediaciones de Ctesifonte; sus magníficos jardines fueron devastados, y los soldados dieron caza á las fieras reunidas en gran número en los parques. No es, pues, estraño que las gentes del país representaran á Juliano bajo la figura de un león furioso vomitando llamas (5). Pero soportaba con el ardor de un héroe las rudas fatigas de la marcha, arrostraba los peligros de los asaltos y las batallas, vedándose los deleites que le brindaban los harenes del Oriente (6).

Encaminándose hacia Ctesifonte acampó en medio de las ruinas de Seleucia (7); pasando desde allí el Tigris de improviso, cayó sobre el ejército enemigo, entró á saco su campamento y le persiguió hasta bajo los muros de la ciudad. Sin embargo, en medio de los sacrificios que hacía en acción de gracias al Dios de la guerra, llegaban á infundirle espanto pronósticos terribles. La desertión de las tropas auxiliares del rey de Armenia impidió la llegada de los demás cuerpos que debían incorporarse. De consiguiente, tuvo que renunciar á enseñorearse de Ctesifonte, aguerrida en la defensa por tres asedios anteriores. Sapor, que no había esperado celebridad tanta, aún no había juntado todas las tropas que los diferentes sátrapas debían llevarle. Desconsolado á causa de la humillación que sufría, se prosternaba en tierra con el

(5) Ὑπὲρ τῆς Ἰουλιανῶν τιμῆς. LIBANIO, c. 13.

(6) Exaltando los encomiadores de Juliano en el siglo XVIII su castidad bajo la fe de Mamertino, quien, en su *Panegírico* XI, dice que su lecho era casio como el de una vestal, olvidaron que el aserto contrario de Crisóstomo (*Ingeni*) y de Gregorio Nacianceno (*Or. IV*), está confirmado por Amiano, quien se burla de su comitiva de mujeres (lib. XXII). Dícese además que el único hijo que tuvo de Elena, su esposa, fué ahogado por la partera de orden de la emperatriz Eusebia (AMIANO, XVI). Sin embargo, Juliano, en una carta escrita tres años después de la muerte de Elena (363), habla de sus hijos (*Ep. XIV*). Codino, en las *Antigüedades de Constantinopla*, cita estatuas erigidas á Juliano y á sus hijos.

(7) Amiano cuenta minuciosamente las operaciones de esta guerra, con la veracidad de un testigo ocular y el entusiasmo de un soldado.

cabello desordenado y cubierto de ceniza: llegó al punto de enviar súplicas á Hormisdas á fin de que se interpusiera y le alcanzara la paz; pero Juliano se negó rotundamente haciendo memoria de que Alejandro había procedido de la misma manera respecto de Dario, y ateniéndose con especialidad á las profecías de Máximo. Un persa, á quien el amor de la patria impulsó á acometer la peligrosa empresa de engañarle, le indujo á que debía atacar al ejército enemigo en las provincias interiores, y entregar á las llamas los almacenes y la escuadra que había llevado hasta allí á costa de tantas fatigas por espacio de quinientas millas, sin conservar más que una docena de buques para establecer puentes y viveres para veinte días.

Se pone, pues, en marcha después de adoptar este funesto consejo y encuentra una vasta soledad en todas partes. Secundando las órdenes de un déspota ó por el amor de la patria son taladas y destruidas las fértiles campiñas y las ciudades populosas. De día en día disminuyen las provisiones; traidores guías hacen más penosas las marchas al pesado tren de campaña, y solo después de largas decepciones se reconoce el artificio del traidor, que se ha libertado del castigo con la fuga. Ni los hombres, ni los dioses sugerían ya recursos al héroe que poco antes soñaba con la conquista de la India y de la Hircania. Desesperado entonces viéndose causa de tamaño desastre, hubo de retroceder hacia el Tigris, y acordándose de la retirada de los diez mil, resolvió ganar como ellos el país de los carducos.

Entonces las bandas que no habían cesado de entorpecer su marcha, se reunieron en una masa compacta para cortar la retirada. Armadas á la ligera un número infinito y bien provistas de viveres, encerraban á los romanos en medio de ellas: compelidos estos á pelear marchando, molestados por el peso de sus armas, experimentaban además tal escasez de provisiones, que todo cuanto se podía cercenar del alimento de las acémilas servía para el de los soldados. Juliano no quería ser mejor tratado que el último de ellos; pero la superstición, que le había alentado á apoderarse del trono, le amenazaba con arrebatárselo. Durante la noche vé al génio del imperio, con un velo negro en la cabeza, retirarse de la tienda imperial con el cuerno de la abundancia; asustado se lanza fuera y descubre delante de sus ojos un meteorito desconocido, bajo el aspecto del dios Marte, irritado contra él porque en un arrebatado de cólera ha jurado no ofrecerle más sacrificios (8). Consultados los arúspices etruscos le aconsejan no empeñar el combate; pero ¿qué medio tenía de evitarlo? Al asomar el alba dá orden de atacar, y su primer triunfo le alienta á perseguir á los persas; pero

(8) AMIANO, XXV, 2. Así también negó Augusto las fiestas públicas á Neptuno, después de haber estado su escuadra dos veces en peligro.

estos lanzan á mansalva, según su costumbre, una granizada de flechas y de javelinas, de las cuales una hiere á Juliano en el pecho.

Muerte de Juliano.—Se calificó de mortal la herida del emperador, que fué conducido á su tienda. Cuando volvió en sí platicó de la muerte con sus amigos, á estilo de Sócrates, diciéndoles que le era dulce en aquel momento tener una vida exenta de crímenes, y morir como rey, no en virtud de una conspiración secreta, ni por la violencia de un tirano, ni por una larga enfermedad; y deseó á los romanos que fueran felices á las órdenes de un soberano virtuoso. El, que consolaba á sus amigos y les invitaba á no verter llanto, lloró al saber la muerte de Anatolio; luego discutió sobre la naturaleza del alma, y después de decir que iba á exhalar la suya para reunirse en breve á las estrellas de donde había emanado, espiró (26 de junio de 363) á la edad de treinta y ocho meses (9).

Joviano.—No había en vida pensado Juliano en elegir un sucesor, que continuase sus proyectos: tampoco quiso designarle en el momento de morir, á fin de no exponer al descontento del ejército el que señalara, en el caso de que no fuera agradable á sus ojos. Habían muerto todos los miembros de la familia de Constantino, y nadie era llamado al imperio por la sangre, ni por su posición, ni por sus méritos reconocidos. Con todo, como se necesitaba un jefe para oponerle á un enemigo cuya masa caía de continuo sobre las legiones, se proclamó á Claudio Joviano (27 de junio), príncipio de los domésticos, quien revestido con las insignias imperiales, recibió el juramento de fidelidad.

Tenía á la sazón treintidos años; era gallardo, amable, valeroso, sin ambición, y cristiano fiel, lo cual no le impedía engolfarse en los deleites. Aunque la batalla del día precedente, á que solo puso término la noche, pudo ser considerada como desfavorable á los persas, Joviano ordenó emprender la marcha para ganar las provincias romanas; pero la noticia de la muerte de Juliano había envalentonado á los persas, y los romanos se hallaron estrechados entre el Tigris, el enemigo y el hambre. Profirieronse entonces palabras de paz, y el mismo surena llegó á pronunciarlas al campamento; pero en vez de continuar Joviano la retirada durante la suspensión de las hostilidades, se detuvo á consumir los pocos víveres que aún tenía, mientras que Sapor con gran maña dilataba las negociaciones. Así se halló reducido á aceptar condiciones vergonzosas, si bien inevitables. Hu-

(9) No creemos que pronunciara la disertación puesta en su boca por Amiano Marcelino, testigo de sus últimos momentos, ni tampoco estas palabras: *Has vencido, Galileo*, que profirió al caer, según apasionadas relaciones, en que se le representa espirando en medio de las angustias del remordimiento.

Sin embargo, el féretro le fue preparado también por el hijo del carpintero.

bieron de restituir los romanos cinco provincias que poseían más allá del Tigris, con la valerosa ciudad de Nisibe, sin contar un gran número de plazas fuertes, de las que tenían permiso para retirarse sus moradores. Además se comprometieron á abandonar para siempre al rey de Armenia, y concluyeron una tregua de treinta años.

No por esto se hizo la retirada con más seguridad, puesto que para llevarla á cabo solo tenían algunas barcas que se habían libertado del insensato precepto de Juliano. Así, no pudiendo soportar muchos soldados la lentitud del interminable paso del río, pretendían ejecutarlo sobre balsas, odres y hasta á caballo, lo cual unido á los ataques continuos de los árabes, hizo perecer á tantos hombres como una mortífera batalla. Una vez cruzado el río sobrevinieron nuevos padecimientos y nuevas pérdidas para atravesar las llanuras de la Mesopotamia y las setenta millas de aquel inhospitalario desierto, donde no se encontraba ni yerba, ni una gota de agua. Continuaron segando al ejército el hambre y la fatiga; marcaron los cadáveres con horrible rastro aquel tránsito penoso, hasta el momento en que los soldados pudieron hallar abrigo en Nisibe.

Y el rumor de la muerte de Juliano había precedido en el imperio al retorno de las legiones; y aunque fuera recibido con el entusiasmo del alborozo por unos, y con desesperación por los otros, los preparativos formidables, el valor del jefe, los augurios, y lo prosperidad de la fortuna de Roma, habían inspirado tal confianza generalmente, que la falta de noticias del ejército no dejaba imaginar más que triunfos. Cuando se llegó á anunciar la verdad á los habitantes de Carres persiguieron á pedradas al mensajero. Todos los buenos ciudadanos se aflijían á consecuencia de un tratado que contenía la primera cesión legal de territorio que hacía el imperio (10), y dejaba al descubierto las fronteras. Era especialmente deplorable la suerte de los habitantes de Nisibe, reducidos después de dar tantas pruebas de valor y de padecer tanto, á escoger entre la servidumbre persa ó el destierro. Suplicaban al emperador que les permitiera lidiar todavía, diciéndole que, después de haber defendido su libertad á costa de su sangre, se adherirían otra vez á Roma. Pero no quiso consentirlo, y, alegando la santidad de los juramentos, les concedió tres días de término para evacuar la ciudad. Aquellos infelices, cuyo desconsuelo es más fácil de imaginar

(10) Añadimos *legal* para dulcificar las expresiones de los enemigos de Joviano, sobre todo, las de Amiano y de Eutropio, según las cuales hubo de ser el primero que cedió al enemigo una pulgada del territorio del imperio. Adriano había abandonado una extensión mucho más considerable; Aureliano las tierras conquistadas por Trajano allende el Danubio; Diocleciano la vasta comarca confinante con Etiopía y Egipto; y Tiberio, antes de ellos, las conquistas del Druso.

que describir, se refugiaron á Amida, que muy en breve adquirió nuevo realce y se convirtió en capital de la Mesopotamia. Reprodujéronse las mismas escenas de aflicción en las demás plazas y en las cinco provincias que habían sido abandonadas.

El lábaro, enarbolado en la cabeza del ejército, anunciaba que el culto del verdadero Dios se había restablecido; y Joviano envió orden á los prefectos para congregar á los fieles en las iglesias y asegurarles de su protección.

Cayó para siempre la idolatría que se había alzado nuevamente por obediencia ó por condescendencia hacia Juliano. Voluntariamente se cerraron los templos, y cesaron los sacrificios: se afeitaron los filósofos la barba, se despojaron del manto y quedaron mudos. Libanio, elogiador de las primeras victorias de su héroe, tan luego como supo su fin, quiso suicidarse, pero pronto comprendió que los dioses le reservaban el honor de pronunciarle la oración fúnebre, como lo hizo. «¡Oh desgraciados agricultores (exclamaba en ella) como os arruinarán los mismos que debían protegeros! ¡Cómo disminuye el poder de los senados para no quedar más que un vano ídolo! Gemidos de los infelices oprimidos, en vano resonareis en el aire. Respirad, celtas; bailad, escitas; sauromatas, cantad al dios Pan, porque vuestro yugo se ha roto, y ya sois libres.» Siguiendo después, sin consideración ninguna á su sucesor, se esfuerza en atribuir su muerte á los galileos, y hacer ver la necesidad de vengarla: «¡Oh hados implacables! ¡oh crueles dioses! ¿por qué habéis herido con tan bárbara muerte la gloria del mundo? ¿Cómo no os conmovieron su ingenio, su divina elocuencia, y su inefable justicia? Hubo un tiempo en que fué dable á los poetas suponer que la justicia, abandonando la tierra, había volado á los cielos: porque nosotros también que tenemos hoy á la vista tal prueba de vuestra crueldad, ¿no podremos imaginar que ésta, habiendo también abandonado los cielos, no existe ya en ningún lugar?» (11)

Lisonjébase de que el valor de alabar á Juliano y los dioses le pondría en peligro; pero Joviano, por el contrario, respetó hasta los pontífices de su predecesor; y nos complace decir que los cristianos no se vengaron de la opresión pasada sino con una alegría que tal vez traspasó los límites de la caridad. Gregorio Nacianceno pronunció los discursos que comparados á los de Libanio, prueban que había por ambas partes pasión y preocupaciones; mas se encuentra en ellos una vigorosa elocuencia, y están llenos de moderación sus consejos: «Pueblos, oid mis palabras, cuantos habitais sobre la tierra, oid mi discurso. Os llamo á todos como si estuviera en la cumbre de una colina que se alzara en medio del mundo. ¡Ojalá resuene mi acento con ayuda de dios en las dos extremidades del universo! El

(11) *Ep.* 396.

que acaba de ser inmolado no es un rey de los Amorreos, ni Og, rey de Basán, débiles príncipes que oprimían el pequeño país de Judá; es la serpiente tortuosa, el apóstata, ese espíritu extravagante, ese azote de Israel y del mundo, cuyos furrores han dejado en todas partes honda huella, cuya insolente boca osó alzarse contra el Altísimo... Reanimaos, cenizas del gran Constantino. Y si conservas algún sentimiento en el sepulcro, alma heroica, oye mis palabras. Despertaos á mi voz, vosotros todos, fieles servidores de Jesús que habeis regido el imperio. ¡Cuánto se engañó en la elección de su sucesor un príncipe, cuya gloria aventaja á la de todos sus predecesores! (12) Cristiano, alimentaba sin saberlo al mayor enemigo de Cristo; ciega y engañada su beneficencia fue prodigada al hombre que menos la merecía. De este modo lo que se llama poder ó ciencia del siglo anda titubeando, y todo lo que se aleja de la verdad acaba tarde ó temprano por venir á tropezar con ella.»

Enseguida demuestra cuán insensato era el proyecto de Juliano, que «quería destruir una religión, cuya aparente locura triunfó de los sabios del mundo, fué sellada con la sangre de tantos mártires, elevada á grande altura por las virtudes de tantos solitarios, por el esplendor de tantos milagros y por el menosprecio de todos los goces terrenales. ¿No veía con toda su perspicacia que si las persecuciones anteriores habían traído consigo pasajes disturbios, dominante el cristianismo no podía ser atacado sin dar un violento sacudimiento á todo el imperio, sin excitar espantosas revoluciones, y sin producir calamidades que apenas se hubieran atrevido á imaginar los más encarnizados enemigos del nombre romano?»

Exhorta á los cristianos libres del peligro á manifestar su alegría, no engalanando sus personas y desplegando magnificencia en su vestido, en fiestas y banquetes, sino con más tranquilo alborozo, con la satisfacción interior de la pureza, con la luz de santos pensamientos, y con el alimento espiritual. Les aconseja no vengarse de los gentiles, sino supeles en dulzura, no haciendo que padezcan lo que hicieron padecer ellos, sino remitiéndose al juicio de Dios, y dejando á los gritos del pueblo el cuidado de convencerles de su error en los teatros y en las plazas (13). Acordándose después de los herejes, exclama: «¿Por qué en esta fiesta de familia falta una parte del rebaño? ¡Ojalá se encontrara aquí todo completo! Hace poco todavía cantaban nuestros hermanos con nosotros himnos puros y agradables á Dios; confundidos en nuestras filas eran distinguidos por nuestros homenajes. ¿Cómo se han alejado de súbito para cantar aparte, excluyéndose de nuestras asambleas? ¿Cómo no les inducen éstas á celebrar con nosotros la alegría

(12) Elogio inmerecidísimo á Constantino.

(13) *Oraciones* III y IV.

unánime y la comunidad del triunfo? Modera la caridad las quejas que podría engendrar el celo, y la esperanza de su vuelta dulcifica la aspereza de las reconvenciones que pensáramos dirigirles. Miembros enfermos y siempre queridos, si denigran actualmente el cuerpo de que se han segregado, recordemos que hubo un tiempo en que estaban á él íntimamente unidos.» (14)

Joviano jamás se apartó de esta moderación; restituyó sus inmunidades á las iglesias, al clero, á las viudas, á las vírgenes sagradas, respecto de las cuales prohibió usar de violencia y de seducción para arrastrarlas al matrimonio, y llamó á los obispos desterrados; pero no persiguió á los ídólatras, y aún cuando vedara la magia y las demás supersticiones, dejó libre el ejercicio del politeísmo. De esto le alaba Temistio en un panegírico de que copiamos un pasaje, que se roza con una de las cuestiones más árdidas de la política y de la filosofía. «Tu excesivo celo y tu amor á los hombres se manifestaron primeramente en el cuidado que empleaste en restablecer la religión. Sólo tú comprendes que los monarcas no pueden siempre coartar la voluntad de sus súbditos, que ciertas cosas se substraen á la autoridad y á la fuerza sin temer las órdenes ni las amenazas. De este número es la virtud, y especialmente la piedad respecto de la religión y de los dioses. A fin de que no degeneren en simples apariencias conviene que el príncipe deje seguir á cada cual el impulso voluntario de su alma. Si no puedes hacer por medio de una ley que te ame alguno á pesar suyo, con menos razón podrás todavía hacerlo pío y religioso. El que tiembla ante los decretos de los hombres se somete á una necesidad pasajera, y el débil temor que un tiempo ha producido, otro tiempo lo borra. Seguramente es un crimen no rendir culto á Dios; pero no cedemos al influjo del poder, y más movibles en nuestros cambios que las ondas del Euripo, nos mostramos en los templos, al pie de los altares y en los banquetes sagrados. No procedes tú de este modo, emperador divino, sino que como jefe actual y perpétuo del imperio has declarado libres por una ley las cosas religiosas y concernientes al culto de la divinidad (15); siguien-

(14) *Primer discurso contra Juliano.*

(15) Esta ley no se encuentra en el Código Teodosiano,

do en esto el ejemplo de Dios que al dar á los hombres todos una inclinación natural á la religión, deja á la voluntad de cada cual el modo de honrarla. El que quiere hacer intervenir la fuerza roba un derecho otorgado por Dios mismo. Apenas duraron tanto como ellos las leyes de Cheops y de Cambises; la sanción de Dios y la tuya serán eternas y permitirán á cada cual elegir la senda que le convenga para llegar á la piedad. Ni las confiscaciones, ni los suplicios, ni el fuego han podido destruir este derecho, porque nuestros cuerpos están en tu poder y tú puedes matarlos, pero nuestras almas volarán fuera, llevando su conciencia libre, cualquiera que sea la confesión que se haya arrancado de nuestros labios. Semejante ley no es de menor peso que el tratado con los persas: éste nos hace vivir en paz con los bárbaros; aquél sin disturbios y disensiones entre nosotros.» (16)

Aplaudir la tolerancia es propiedad de los débiles; pero es el hecho que los gentiles nunca se manifestaron dispuestos á morir por sus creencias. A mayor abundamiento estas palabras desmienten las persecuciones atribuidas por algunos á Joviano. Rodeado de obispos de las diferentes sectas, porque cada uno manifestaba anhelo en convertirle á la suya, se declaró por los católicos, tributando honor á Atanasio, que habiendo cumplido ya setenta años, salió de su retiro para volver á ocupar su sede. Corrió en busca del emperador, á quien afirmó en la fe verdadera, y le predijo un largo reinado.

Muerte de Joviano.—Pero no debía ser profeta. Aunque las tropas se hallaban fatigadas por haber recorrido en siete meses un camino desastroso de mil quinientas millas, quiso Joviano ir á toda prisa á Constantinopla, á fin de prevenir la tentativa de todo competidor al imperio; pero apenas fue reconocido por soberano, murió en una noche (15 de febrero de 364), de intemperancia, según unos, de asfixia, al decir de otros, y por traición, según algunos, después de haber reinado siete meses y veinte días.

pero está atestiguada aquí de una manera demasiado absoluta. No han hablado de ella los escritores eclesiásticos, así como Temistio pasa aquí en silencio el restablecimiento del cristianismo.

(16) TEMISTIO, *Orat. V.*

CAPÍTULO IX

VALENTINIANO Y VALENTE

Valentiniano.—Diez días estuvo vacante el imperio. Por último, llegado el ejército á Nicea, y habiendo rehusado Salustio por segunda vez el poder soberano, se le confirieron los jefes á Flavio Valentiniano, panonio de grande habilidad, valiente y de gallarda apostura, cualidades necesarias para un jefe electivo. Soldado desde sus primeros años, había adquirido su cuerpo robustez en los ejercicios militares y á beneficio de la templanza, pero había descuidado cultivar su talento, aunque se hallaba dotado de natural elocuencia. Cierta día que Juliano entraba en un templo, el sacerdote que asperjaba con agua lustral á los asistentes, echó algunas gotas en el manto de Valentiniano: este dió un bofetón al ídólatra y tiró al suelo la tela cual si estuviera profanada. Habiéndole mandado entonces el emperador que sacrificara ó presentara su renuncia, no titubeó, y el emperador le confinó á la Tebaida bajo un falso pretexto; pero muy en breve le volvió á su gracia y le dió un mando ventajoso en la expedición contra Persia. A su regreso de esta campaña se encontró llamado al imperio, sin haberlo ambicionado ni solicitado en el curso de los cuarentitres años que había cumplido.

No debemos descuidar aquí dos observaciones; es la primera que Joviano y Valentiniano fueron elegidos, no ya por todo el ejército, sino solo por los jefes, quienes los presentaron á las tropas para que fueran proclamados. Con efecto, no componiéndose el ejército más que de bárbaros, mercenarios y de aventureros, poco le importaba á quien se adjudicaba el imperio; y de este modo se introdujo la intriga en las elecciones. Es relativa la segunda observación á la perfidia que veremos introducirse en las estipulaciones de todas clases, dejando á un lado hasta la máscara de la legalidad antigua, lo cual conviene atribuir en parte al carácter de los bárbaros con quienes había que pe-

lear, y en parte también á la depravación política del Estado, síntoma y causa de su final decadencia.

Valente.—Así como la inauguración de Joviano no fué hecha antes de que las víctimas hubieran sido quemadas, se diferió la de Valentiniano hasta que pasó el día bisextil considerado com nefasto (25 de febrero 364), luego fué proclamado con satisfacción general. Sin embargo, como se conocía la necesidad de tener dos jefes para gobernar en tan vasto territorio, pidió el ejército que el emperador se escogiera un colega. *Si piensas en ti solo*, le dijo un oficial valiente, *elige á tu hermano; si piensas en la patria elige á alguno que sea digno de ello*. Valentiniano no se enojó por el consejo, pero dió el título de agosto á su hermano Valente, de edad de treintiseis años, hombre débil y tímido, que no tenía más mérito que el cariño que profesaba á su hermano.

Repartieronse ambos emperadores las provincias en Naiso. El más joven tuvo las prefecturas de Oriente, el otro las de la Iliria, de la Italia, de las Galias, es decir, todo el territorio que se dilata entre los confines de la Grecia, el muro Caledonio y el monte Atlas. Conservóse la organización antigua, solo que hubo dos guardias y dos cortes, una en Milán y otra en Constantinopla.

Al principio se ocupó Valentiniano de las reformas que en administración debían hacerse, invitando á todos á que alegaran sus quejas. Llegaronle en tropel contra los ministros que habían abusado de la credulidad y de la superstición de Juliano; y Máximo y otros expiaron sus desafueros con multas y suplicios.

Rebelión de Procopio.—En el discurso que dirigió Valente al Senado de Constantinopla se extendió mucho acerca de la ventura de los súbditos en ser gobernados por príncipes educados lejos del